

masiado plácido, demasiado feliz, para que no sean envidiables los años que pasó allí al calor de esa familia, diseño de lo que era la familia yucateca en aquella época. Un padre severo y recto, pero bondadoso; una madre en cuyo semblante se retrata el respeto, la dignidad, el decoro suavemente sombreados por cierto tinte de dulzura y afabilidad cariñosa, y ambos enseñando con la palabra y el ejemplo, destilando lentamente en el espíritu, grabando insensiblemente en el corazón, la inclinación á servirse mutuamente, á sacrificarse recíprocamente, á amarse entre sí; virtudes que sellan á todos los hijos de un mismo hogar con el signo precioso de ternura fraternal que sobrevive á los extravíos de las pasiones, á las riñas del interés, y á las nieves de la ancianidad. Gozando de la holgura, suministrada por los productos del trabajo propio y del de los antepasados, pasaba la vida sencilla, modesta, sosegada, sin agitaciones, disgustos, sobresaltos, ni temores. Distribuíase el tiempo serenamente entre las prácticas de los deberes religiosos y civiles, el cuidado de la hacienda y la conservación de las relaciones familiares y sociales. Y el padre, consagrado de todo en todo á la felicidad de su esposa y de sus hijos, cifraba toda su delicia en las alegrías domésticas, en las fiestas religiosas íntimamente unidas entonces á todos los encantos de la vida de familia.

II.

Una nube de dolor y de lágrimas vino á turbar lo apacible de esta existencia en 1828, y fué el pensamiento de una separación amarga; pero impuesta por el deseo de saber y de ilustración que se había despertado vivamente en el país. No estábamos entonces en el oscurantismo, como algunos se complacen en decir, denigrando nuestros orígenes; teníamos colegios, teníamos escuelas; á los exámenes y actos literarios de la juventud escolar, se preciaban de asistir los hombres más distinguidos de nuestra sociedad y un anhelo de perfeccionamiento intelectual, de progreso científico, entusiasmaba á la juventud, estimulaba á los padres de familia y los impulsaba á buscar las mejores fuentes del saber y de la educación, para su linaje. El adelanto y progreso de los Estados Unidos de Norte América ya había empezado á ejercer en Yucatán, la misma fascinación é influencia que hoy nos hace acudir á ellos; influencia, no vituperable, si nos sirve para hacer razonada selección imitando sus virtudes y desviando sus defectos. Algunas familias principales de Mérida, decidieron enviar á sus hijos á un Colegio de New York, y en ejecución de este propósito, se embarcaron en Sisal en un buque de vela, á principios de 1828, varios jóvenes yucatecos y entre ellos D. Juan Cano, que apenas cumplía trece años y que ya, desde entonces, mostró en este trance tan doloroso la serenidad imperturbable de ánimo, que tantas veces lo hizo señalarse en el transcurso de su corta vida.

New York no era, en 1828, lo que es hoy: el emporio del comercio, de la riqueza, de la superioridad financiera; pero ya cualquier genio perspicaz podía distinguir su grandioso porvenir, en la importancia de su tráfico mercantil, al cual da tanta comodidad y facilidades su bella situación entre dos ríos, que bajando hacia el Océano, le forman como una cintura diáfana y cristalina. Su movimiento ya presagiaba lo que sería después; los vapores cruzaban ya su puerto y muchos buques de vela se veían diariamente fondeados junto á sus muelles. Aun no existía el colosal Parque Central, sino apenas un macizo de arboleda en el vértice del ángulo que forma la ciudad y que hasta hoy conserva su antiguo nombre de «Batería;» tampoco existían las amplias avenidas y la calle de lujo, de grandes almacenes de comercio, era Broadway que se extendía casi por cuatro millas, preludivando las grandes avenidas modernas.

El joven Cano, arrancado de la apacible quietud y sociado de su querida ciudad de Mérida, fué pasando de asombro en asombro, atónito de admiración, ante las grandezas de la naturaleza y los prodigiosos adelantos de la razón humana. Vió por primera vez en su vida, el espectáculo del mar con toda su grandiosidad; permaneció largos días y noches en medio de las soledades del Océano, y luego al desembarcar en New York, contempló un movimiento mercantil para él maravilloso: quinientos buques en el puerto, grandes depósitos, vastos almacenes, oleadas de gente que ocurría precipitada en alas del negocio. De seguro la misma

consideración del magnífico y espléndido panorama que se desplegó á su vista, al llegar á los Estados Unidos, le hizo consagrar un recuerdo á la patria ausente y gravó más profundamente en su alma, ese amor que siempre le consagró.

Cuando los jóvenes yucatecos llegaron á New York, el colegio de más reputación entre los corresponsales del Comercio de Yucatán, era el que dirigía Mr. Peugnet, Oficial del ejército de Napoleón, que después del desastre de Waterloo, emigró á los Estados Unidos. Desde 1825, D. Lorenzo de Zavala (1) había conocido este Colegio y aun colocó en él á un hijo suyo, y cuando en 1830 hubo de volverlo á visitar, hacía alabanzas de su método educativo y se confesaba satisfecho de las semillas de virtud y de instrucción que en él se depositaban en los tiernos corazones de los jóvenes educandos. En este viaje, Zavala conoció al joven Cano, y quedó prendado de su bello carácter, de su talento y de sus sentimientos elevados y puros, y desde entonces sintió hacia él, el afecto y simpatía que jamás después se entibieron. (2)

No tenemos que contar todos los accidentes ya monótonos, ya conmovedores, ya prosaicos, ya tiernos,

(1) Viaje á los Estados Unidos, página 152.

(2) A una milla de distancia, sobre una colina llamada Round Hill, está el establecimiento literario de M. Cordowell, en donde puse á mi hijo, y fué enviado al mismo tiempo otro yucateco llamado D. Juan Cano, cuyo talento, aplicación y conducta le harán dentro de algunos años uno de los primeros hombres entre los mexicanos.—Zavala.—Viaje á los Estados Unidos, página 291.

que tiene la vida del Colegio, la cual, con pocas excepciones, tiene sus semejanzas y analogías en todos los lugares y épocas. Solamente haremos notar una circunstancia que ejerció avasalladora influencia en el alma juvenil y por lo mismo entusiasta y ardorosa del joven Cano. Mr. Peugnet, como todos los que habían servido bajo la bandera de Napoleón, había sufrido el ascendiente de este elevado genio, y conservaba de él los recuerdos más vivos y profundos. La memoria de su antiguo jefe lo cautivaba, lo hechizaba, lo subyugaba, aun á pesar suyo, y en sus conversaciones, en sus lecciones, en sus actos privados y públicos, aprovechaba toda ocasión de referir patéticamente los rasgos de las batallas de que había sido testigo, y las hazañas del gran Capitán del Siglo, que tienen el dón de exaltar y arrebatarse el ánimo de cuantos las leen en las historias, las oyen contar en la plaza pública ó las escuchan referir al calor de la lumbre del hogar. Ya se sabe lo que es la juventud, no tanto propensa á admirar las cualidades sólidas y útiles, cuanto lista á entusiasmarse por las cualidades brillantes. Las narraciones expresivas y vehementes de Mr. Peugnet, criaron en el alma del joven Cano, sentimientos de admiración á Napoleón y vocación decisiva á la carrera y ciencia militar. (1)

(1) Del Colegio de Mr. Peugnet fué trasladado al de Mr. Cordowell á fines de 1830; pero este nuevo instituto no pudo borrar las primeras impresiones grabadas en el ánimo del joven Cano, por Mr. Peugnet.

Impulsado ya de esta pasión y acaso instigado por los consejos de Mr. Peugnet, cifraba toda su ilusión en ir á Francia á completar sus estudios hasta llegar á ser un perfecto Ingeniero Militar. Así fué que vuelto á Mérida á principios del año de 1832, rehusó las invitaciones que le hizo su padre para que abriese un establecimiento mercantil, y á todas las indicaciones solícitas del autor de sus días correspondía con apremiantes instancias de que se le permitiese embarcarse para Europa y permanecer allí algunos años ocupado en ampliar su instrucción y en saciar la sed de gloria y sabiduría que sentía en su alma. Ante vocación tan persistente y decidida hubo que condescender y al fin se le proporcionaron los recursos suficientes, con los cuales emprendió inmediatamente la travesía del Océano. Llegó en los últimos meses de 1832 á la Capital de Francia, gobernada por Luis Felipe de Orleans, y donde irradiaban con portentosa luz, los grandes ingenios que hicieron célebre á la Francia en todas las ciencias, durante la primera mitad del siglo que toca á su fin. Ingresó el joven Cano en la Escuela Central de París, (1) y allí pudo, desde los primeros días, conquistarse un lugar de distinción. Tuvo la fortuna de hacer bien sus humanidades, pues en Yucatán, bajo la dirección de D. Juan

(1) Pretendió estudiar en la Escuela Politécnica, y aunque en ella solamente eran aceptados jóvenes nacidos en Francia ó sus colonias, por mediación de un amigo respetable el gobierno francés ofreció aceptarlo, siempre que renunciase la nacionalidad mexicana, y aceptase la francesa. El joven Cano prefirió no entrar á la Escuela Politécnica á renunciar á su nacionalidad.

de Dios Enríquez, estudió con aprovechamiento la lengua latina y luego la cultivó hasta el grado de llegarla á conocer profundamente y de leerla con facilidad y soltura como su propio idioma. (1) En New York aumentó su instrucción, sobre todo, en ciencias naturales y exactas. Así pudo descollar entre ochocientos discípulos de la Escuela Central, ocupando entre ellos el primer lugar desde el principio hasta el fin de los cursos. Le ayudaban sus extraordinarias aptitudes intelectuales, entre ellas una felicísima memoria que le permitía aprender al pie de la letra volúmenes enteros. Formaba juicio exacto y rápido de las cosas y le acompañaba cierta sagacidad y buen sentido que nunca le abandonó, como tendremos ocasión de palparlo, no pocas veces, en los trances más graves de su corta y gloriosa existencia. Era su percepción aguda y penetrante y su imaginación ardiente y apasionada, la cual en su primera juventud le arrastró á pulsar la lira, escribiendo versos que nunca quiso publicar. Las líneas generales de su fisonomía, severa á la par que bondadosa, denunciaban á primera vista en él, al hombre de talento despejado y claro, de carácter firme y varonil, capaz de grandes resoluciones. En lo físico era de talla

(1) Más tarde, ya Teniente Coronel de Ingenieros, residente en México, recreaba sus ocios con la lectura de los clásicos latinos. Una tarde entró á visitarle su amigo el poeta D. Guillermo Prieto, y al encontrarle con Tácito en las manos y oírlo leer al célebre historiador, no pudo menos el renombrado poeta que hacer una manifestación sincera de admiración por la destreza con que traducía, y que le había hecho creer que estaba leyendo no un libro en latín, sino uno en castellano.

mediana, grueso de estructura, ancho de pecho, de musculatura vigorosa, tez blanca y pálida, párpados muy abiertos, ojos prominentes y frente muy espaciosa, coronada de cabello castaño oscuro.

El año de 1837 concluyó sus estudios y dió espléndida muestra de la perfección con que los había hecho por sus exámenes, en los cuales obtuvo las calificaciones más honoríficas. Triunfante en las sólidas y fuertes pruebas á que lo sujetaron, se hizo digno del honroso diploma de ingeniero militar, el cual le fué conferido con la aprobación unánime de sus examinadores. Con este motivo tuvo el honor de ser recibido en audiencia privada por el Gral. Soult, ministro del Rey Luis Felipe, quien le dedicó palabras de alabanza y aplauso, por el éxito brillante de sus estudios y aun le brindó con el distinguido puesto de oficial de ingenieros en la legión extranjera que se estaba organizando para prestar sus servicios en Argelia. Declinó cortesmente la invitación, manifestando que aunque conservaba cordial gratitud á Francia, á quien debía el colmo de su educación científica, amaba entrañablemente á México, su patria, y á ésta quería consagrar las primicias de sus labores profesionales. Este rasgo prominente de juvenil patriotismo le atrajo el aprecio de D. Anastasio Bustamante, á quien conoció en París en casa de D. Lorenzo de Zavala, Ministro de México en Francia, cuyos salones estuvieron siempre abiertos al joven Cano, no solamente por el natural atractivo de paisanaje, sino por la simpatía que despertaba en Zavala su talento é instrucción y su genio vivo, á la par que austero.

III.

Concluidos sus exámenes volvió Juan Cano á cruzar el Atlántico en busca del hogar paterno. Llegó á Yucatán en 1838, cuando el país estaba regido por el gobierno republicano centralista. Por una coincidencia singular, la autoridad estaba en esos momentos en la Península, en manos de una sola familia, pues mientras que el poder civil lo ejercía D. Pedro Marcial Guerra Correa, como Gobernador nombrado por el Presidente de la República, la autoridad eclesiástica residía en el Ilustrísimo Sr. D. José María Guerra Correa, que propuesto también por el Ejecutivo de la Unión, había sido consagrado Obispo de Yucatán desde 1834. Distaba mucho la Península de gozar de calma y de quietud; al contrario: las justas exigencias del impuesto de sangre y dinero, para la guerra de Texas, habían criado cierto descontento que se aprovechaba para minar al Gobierno establecido y derrocarlo con objeto de sustituirle con otro Gobierno descentralizador, que con más ligereza de alma que justa percepción del honor del Estado, dejó vislumbrar cierta simpatía por una utópica independencia productora de males sin cuento. Juan Cano comprendió desde la primera ojeada la situación política de Yucatán; pero sin mezclarse en las disputas y contiendas envenenadas por las pasioncillas locales, conservó su alma en elevado nivel moral, desde donde, con ilustrado patriotismo, ponía encima de los pequeños intereses de nuestra localidad, los supremos y sagrados derechos de la nacionalidad mexicana, para

la cual en sus juveniles ardores soñaba legítimo y radiante porvenir.

Así fué, que cuando recreaba su corazón con la miel de los tiernos halagos de los autores de sus días, una noticia vino de improviso á resonar en su alma, como la voz del deber que lo llamaba al trabajo y al sacrificio. El Correo trajo la nueva de que el Contralmirante francés Baudín había llegado á Veracruz con una formidable escuadra, exigiendo al Gobierno de la República Mexicana una suma fabulosa, como indemnización de los daños sufridos por unos súbditos franceses en el famoso saqueo del Parian en la revolución de «La Acordada» en 1828.

En toda la nación se conocía perfectamente la historia de tan malhadado negocio, y se estaba en aptitud de apreciar lo exorbitante de las pretensiones del gobierno francés, entre las cuales figuraban imaginarios perjuicios de cierto pastelero, que alegaba le habían robado el día del saqueo, pasteles por valor de sesenta mil pesos. La opinión pública se había pronunciado con vehemencia, en el sentido de no diferir á tan injustas exigencias, y por eso, desde que llegaron á Yucatán los primeros rumores del conflicto, Juan Cano comprendió que no tardaría Veracruz en ser atacado por los franceses. Consideró que su puesto estaba señalado en las filas de los defensores de la patria, y, arrancándose de los amorosos afectos de su familia, se alistó apresuradamente y se puso en camino con el fin de llegar á Veracruz en tiempo oportuno para pelear por la causa nacional.

En aquellos años las comunicaciones con el resto de la República eran difíciles, escasas y tardías. Meses enteros se pasaban á veces, sin que el correo de la Capital llegase á nuestro lejano Estado. Con este motivo no faltó quien le hiciese observar los peligros del viaje, y acaso lo estéril del sacrificio. Nada detuvo á Cano en su propósito de volar á ofrecer sus servicios al gobierno federal. No encontrando buque alguno en Sisal, se dirigió á Campeche en busca de un barco cualquiera que lo llevase á Veracruz, y no habiéndolo encontrado tampoco, desesperado de la tardanza, se embarcó en una mala canoa que salió esos días para Alvarado. Los que han viajado en canoa, pueden graduar cuánta fortaleza atesoraba el corazón de Cano, cuando se atrevió á acometer este viaje, sin reparar en peligros. Era la estación de los nortes en que soplan en el golfo vendabales furiosos y la navegación de Campeche á la costa de Veracruz, se hace muy arriesgada, porque el viento coge casi siempre de través á las embarcaciones, y no pocas veces las hace embarrancar. La costa de Chiltepec á Alvarado, cuenta por centenares los naufragios, y sus escollos y obscuras rocas son mudos testigos de escenas horripilantes en que han perecido vidas y hacienda. Nada, sin embargo, arredró á Cano, ante el mandato imperativo de su conciencia de mexicano joven y pundonoroso, de soldado indomable. Se dió á la vela y por poco es víctima de su intrepidez. Como era de esperarse, el norte se desató sin piedad y la canoa después de mil penalidades, fué lanzada á un atolladero de la costa, en don-

de con mil trabajos pudo Cano salvar la vida. Se dirigió á Alvarado, y allí hubo de sufrir la mayor contrariedad del viaje, y fué la de saber la toma de San Juan de Ulúa por los franceses, su desembarco en Veracruz, la escaramuza que sostuvo con ellos el General Santa-Ana, y por último, la retirada que éste ordenó sin causa justificada. Cano no se detuvo, alquiló un caballo y se dirigió á toda prisa á Veracruz; pero cuando llegó á esta ciudad ya el gobierno federal estaba tratando de poner término á la guerra y de concluir la paz, la cual en efecto se hizo el 9 de Marzo de 1839.

Perdida la esperanza de servir en la guerra franco-mexicana, continuó Juan Cano su viaje á la Capital de la República, y allí pidió sentar plaza en el Cuerpo de Ingenieros militares. Se requería para ello sufrir exámenes que comprobasen la instrucción militar suficiente, y con este objeto el Ministro de la Guerra lo envió al Director General del Cuerpo de Ingenieros, que lo era á la sazón el General García Conde. Este, cambiadas las primeras palabras de cortesía con el joven yucateco, le insinuó que los exámenes del Colegio Militar se distinguían por su severidad, y que así le aconsejaba prepararse convenientemente, renovando los estudios que había hecho á fin de no exponerse á un rechazo bochornoso. Y como tomando interés por el buen éxito del joven aspirante, concluyó preguntándole cuánto tiempo necesitaba para prepararse, ofreciendo concederle el que le conviniese. Cano le respondió en el acto con sencillez é ingenuidad, que conocía las materias sobre que debían versar los exámenes, y que se

creía en aptitud de sustentarlos aquel mismo día, si el General Director lo ordenaba. Este no se hizo de rogar, y sin demora fijó el día y por lugar el Castillo de Chapultepec. Luego, luego, se esparció el rumor de la respuesta que Juan Cano había dado al General García Conde, calificándose por algunos de juvenil petulancia. Querían otros ver cómo satisfacía al Sínodo un alumno de la Escuela Central de París, así es que el día marcado concurren á Chapultepec, los militares más instruidos, los Profesores del Colegio Militar, algunos de Minería y un gran número de alumnos de las escuelas de ingenieros y artillería. Tres horas duró el primer examen y cuatro horas el segundo y tercero, tratándose en ellos las materias que la ley vigente exigía saber á todo aquel que aspiraba al título y empleo de ingeniero militar. Disertó con maestría y profundidad el joven examinado, y con fácil palabra y despejado ingenio, mostró la sólida instrucción que poseía y alcanzó no solamente la aprobación unánime, sino la simpatía de los severos sinodales. Uno de los asistentes, el General Chavero, testificaba que los exámenes fueron muy lucidos, y que Cano había obtenido las notas más honoríficas y sobresalientes de un jurado muy competente. Tan cumplido éxito, le abrió las puertas del cuerpo de ingenieros y le atrajo la amistad y benevolencia de muchos hombres de positivo valer en la carrera militar y en la política. El Gobierno le expidió el despacho de Capitán de ingenieros, y con este grado ingresó al ejército nacional.

IV.

No tardó en presentarse ocasión favorable de mostrar su pericia é inteligencia. A pesar de los conflictos con Francia ó aprovechándose de ellos el Capitán Longinos Montenegro, se rebeló en Tampico el 7 de Octubre de 1838, contra el gobierno establecido, secundando los esfuerzos que para restablecer el sistema republicano federal hacían, desde 1837, Don Valentín Gómez Farías y el padre Alpuche en México, Gordiano Guzmán en Michoacán y el General Urrea en Sonora. Los rebeldes de Tampico, entraron en relaciones amistosas con los franceses anclados en Veracruz, y aprovecharon la circunstancia de que el gobierno nacional tuviese concentrada toda su atención en defenderse del invasor extranjero, para vigorizar sus fuerzas y extender su campo de acción. No sólo Tampico sino también Matamoros, Tuxpan y Soto la Marina, estaban en poder de los sublevados, y cuando ya la paz estaba firmada con Francia, se sintieron suficientemente poderosos para movilizar sus fuerzas y amenazar á la plaza de Puebla, con un ejército al mando del General mexicano Urrea y del cubano José Antonio Mejía. El General Gabriel Valencia con las fuerzas del gobierno, los atacó y derrotó en Acajete el 2 de Mayo de 1839.

Mientras esto acontecía, ya el Presidente Bustamante en persona, llevando por segundo Jefe á Don Mariano Arista, había salido de México el 18 de Marzo, con una fuerte división para destruir á los rebeldes en su guarida principal, Tampico, que como puerto de mar,